



Reforzar el papel de la Industria como primer motor de la productividad y el progreso en Europa, en un escenario de globalización y fuerte competencia internacional exige enfocar todos los esfuerzos a incrementar la competitividad. Pero esa competitividad, además de tener bases sólidas en la innovación y el conocimiento, el impulso de la inversión en infraestructuras, el compromiso con el desarrollo sostenible y el aseguramiento de un suministro de energía a precios competitivos, necesita un impulso en las cuestiones de empleo y asuntos sociales.

En ese terreno se encuentran algunas de las claves que mejor pueden asegurar ese avance de la competitividad que necesita una fuerza laboral altamente cualificada, comprometida y flexible para mejorar la productividad, a la vez que se garantiza la sostenibilidad del modelo de protección social.

Con una tasa de paro del 12 por ciento en la zona euro (10,7 por ciento en la UE), que en el caso de España supera el 25 por ciento, la máxima prioridad debe ser crear empleo de manera sostenida en el tiempo, generando un entorno de confianza y seguridad jurídica en el que empresas y trabajadores puedan adaptarse con agilidad al cambio.

La Industria necesita que los salarios evolucionen con la productividad, ya que de ello depende el grado de competitividad, y, si bien los costes laborales no constituyen por sí solos una fuente de ventaja competitiva, en España siguen siendo altos en comparación con los países de Asia y del este de Europa.

Para que Europa retome verdaderamente la senda hacia el crecimiento y la generación de empleo se necesitan mercados laborales flexibles, todos los agentes sociales deben trabajar en esa línea para fortalecer la competitividad de su Industria.

Aquellos países cuyos mercados laborales son más flexibles, son precisamente los que mejor han resistido la actual crisis y muchos de los países que peor comportamiento han mostrado en este período, entre ellos España, están introduciendo últimamente importantes reformas en sus mercados laborales.

La favorable evolución que se aprecia en la conclusión de convenios y en la adopción de fórmulas flexibles de empleo que permitan a la Industria afrontar los retos que plantean el desarrollo tecnológico y la globalización de los mercados debe consolidarse y reforzarse.

Sólo garantizando que las políticas y normativas adoptadas tanto a nivel nacional como en el seno de la propia UE, favorezcan mercados laborales dinámicos, flexibles e inclusivos, en los que las personas puedan acceder a las cualificaciones necesarias de forma que aumenten su empleabilidad y respondan a las necesidades que las empresas realmente demandan,.

Pero, aun siendo imprescindibles, la moderación salarial y la flexibilidad interna no bastan para generar un entorno favorable al mantenimiento y a la creación de empleo, particularmente juvenil. Es preciso también rebajar la presión fiscal sobre el trabajo y para ello debe existir un compromiso firme con la reducción adicional de costes laborales para evitar que los trabajadores queden excluidos de sus trabajos por esa razón.

El modelo de flexiseguridad debe continuar promoviéndose, de forma adaptada a la realidad de cada país y sin que se tome, por tanto, como una fórmula única válida para todos. Ello conllevará asumir la responsabilidad de centrar la atención y los esfuerzos en la protección del empleo, más allá de la protección de los puestos de trabajo concretos.

La flexiseguridad debe apoyarse en un proceso de reforma estructural de los mercados de trabajo, apostando por la simplificación, la calidad y la eficiencia del marco jurídico-institucional, de manera que favorezca la adaptabilidad de empresas y trabajadores al cambio y sea un motor para la competitividad. Es preciso rebajar las cargas y trámites para facilitar la creación de nueva actividad económica, tanto para las empresas de nueva creación, como para las ya existentes. La viabilidad del modelo social europeo debe partir de una necesaria revisión del mismo, lo que implica asegurar la sostenibilidad de los sistemas de protección social, en especial de las pensiones y del desempleo.

La competitividad y su exigencia de nuevos productos, mejores procesos de fabricación y mejores técnicas de comercialización, tiene junto a la innovación su segundo punto clave en un sistema de formación universitaria, profesional, ocupacional, y continua de alta calidad. La Industria, el sector más innovador, necesita una formación continua eficiente y adaptada a las necesidades reales de sectores y empresas, porque es cada vez más evidente que los conocimientos adquiridos en la formación profesional o universitaria no bastan para desarrollar toda una vida laboral

Una formación continua es clave para lograr trabajos más seguros y enriquecedores para los trabajadores y es un hecho que son los países que hacen mayor esfuerzo empresarial de formación continua los que disfrutan de mayor nivel de bienestar material. La colaboración público-privada en aspectos formativos, y una estrategia integral de todo el ciclo de formación de los profesionales en su vida laboral, desde la educación básica hasta la formación continua, es esencial para la empresa industrial.

Además, se ha de reformar todo el sistema educativo alineándolo con las necesidades de las empresas, impulsando el espíritu emprendedor y trasladando una adecuada imagen del empresario y del valor de la empresa, además de prever el despliegue de las nuevas tecnologías, el aprendizaje de idiomas y el impulso de la movilidad.

Al mismo tiempo, es necesario hacer un esfuerzo real para atraer a la gente joven hacia la formación industrial y los estudios técnicos y científicos. No hay suficientes jóvenes entrando en el mercado laboral con las habilidades necesarias para la industria manufacturera. Y, a menudo, la situación se complica debido a la escasez generalizada de profesores para asignaturas científicas y el escaso atractivo que la carrera profesional en la industria manufacturera tiene para los jóvenes de ambos sexos.

Las cuestiones sociales y de empleo son una parte esencial del marco en el que operan las empresas y en ellas la Industria europea se juega buena parte de su futuro y el conjunto de la sociedad buena parte de su bienestar. La competitividad industrial es también un marco social europeo competitivo

La Industria, el sector más capaz de transmitir dinamismo y competitividad al conjunto de la economía, se encuentra en una encrucijada, ante problemas y necesidades que no pueden resolverse con soluciones parciales, sino que exigen un plan, un proyecto de futuro, una definición que fije sus horizontes a medio y largo plazo para quebrar su actual tendencia y volver a la senda del liderazgo global.

***La competitividad de la Industria
en Europa depende también de
cuestiones laborales y sociales***